

mero! dijo el duque; me basta, pues, con uno.

— Monseñor, continuó Giac en el mismo tono, es una carta del delfín, mi señor, que os pide una entrevista.

— ¡ Ah! Hé aquí lo que todo lo arregla, dijo el duque volviéndose vivamente; ¿ dónde está esa carta?

— Aquí, señor.

El duque se la arrancó de las manos y la leyó con la mayor ansia.

— ¡ Que se levanten las tiendas, que se destruyan las empalizadas, dijo el duque á sus servidores y pajes, y que para esta noche no exista ni la menor señal que recuerde esta maldita entrevista! ¡ Y nosotros continuó dirigiéndose á sus caballeros, á quienes estas palabras habían hecho salir de sus tiendas, á caballo, arrojemos las vainas al viento, y guerra de exterminación, guerra á muerte á todos esos lobos hambrientos que vienen de ultramar, y á ese hijo de asesino, á quien ellos llaman su rey!

XXVI

Muerte del duque de Borgoña.

El 11 de Julio siguiente, hacia las siete de la mañana, dos grupos considerables, uno de borgoñones que salían de Corbeil, y otro de Franceses que venían de Melun, marcharon uno contra otro para darse batalla. Lo que hubiera podido dar más peso á esta suposición, es que todas las precauciones acostumbradas en semejantes ocasiones habían sido estrictamente observadas por los dos bandos: los hombres y los caballos estaban cubiertos de sus armaduras de guerra, los escuderos y los pajes llevaban sus lanzas, y cada caballero tenía colgada á mano el hacha de armas en el arzón de la silla.

Habiendo llegado cerca del castillo de Poulli, en

la calzada de los estanques de *Vert*, las dos tropas enemigas se hallaron á la vista : al instante de una parte y de otra se hizo alto, las viseras se bajaron, los escuderos presentaron sus lanzas, y con un movimiento unánime las dos tropas se pusieron en camino con la lentitud de la desconfianza y de la precaución.

Llegados á dos tiros de flecha unos de otros, se detuvieron de nuevo : de cada uno de los dos bandos salieron once caballeros con la visera baja, y se adelantaron dejando la tropa á que pertenecían inmóviles detrás de ellos como una muralla de bronce; á veinte pasos solamente hicieron nuevo alto; de cada uno de los lados se apeó un hombre, echó la brida al brazo de su vecino, y se adelantó al encuentro del que venía á buscarlo hasta la mitad del espacio que hasta entonces les había separado. Á cuatro pasos uno de otro levantaron la visera de sus cascos, y cada uno reconoció en el otro de estos dos hombres al delfin Carlos, duque de Lorena, y en el otro á Juan Sin-Miedo, duque de Borgoña.

Luego que el duque Juan vió que el que avanzaba á su encuentro era el hijo de su soberano y señor, se inclinó doblando una rodilla en tierra.

El joven Carlos le tomó la mano, le besó en

ambas mejillas y quiso hacerle levantar; pero el duque se negó á ello diciendo :

— Monseñor, sé cómo debo hablaros.

El delfin le obligó á levantarse.

— Bello primo, le dijo presentándole un pergamino con su firma y sello, si en el tratado que está á la vista, hecho entre nosotros y vosotros, se encuentra alguna cosa que no os agrade, es nuestra voluntad que lo corriáis, y en adelante queremos y querremos lo mismo que vos queráis y querréis.

— Yo soy el que me conformaré con vuestras órdenes, monseñor, respondió el duque, porque es mi deber y voluntad el obedecerlos en adelante en todo lo que deseáis.

Después de estas palabras cada uno puso la mano en la espada, á falta de evangelio ó de santa reliquia, jurando mantener la paz de un modo duradero.

Al instante todos los que les habían acompañado se reunieron gozosos gritando Noel, y maldiciendo de antemano al que en adelante volviese á tomar las armas por tan fatal querrela.

Entonces el delfin y el duque cambiaron sus espadas y sus caballos en señal de fraternidad; y cuando el delfin montó, el duque le tuvo el estribo, aunque él primero le suplicó no lo hiciese; en

seguida cabalgaron algún tiempo al lado el uno del otro platicando amistosamente: los Franceses y Borgoñones de su séquito les seguían mezclados unos con otros.

Después de haberse abrazado por segunda vez se separaron, el delfín para volver á Melun, y el duque de Borgoña á Corbeil. Los del delfín y los Borgoñones siguieron cada uno á su señor.

Dos hombres quedaron los últimos.

— Tanneguy, dijo uno de ellos con una voz sorda, he cumplido mi promesa; ¿has cumplido tú la tuya?

— ¿Era posible, señor de Giac, respondió Tanneguy, estando cubierto de hierro y acompañado? Pero sosegaos; antes de que concluya el año encontraremos más lindo juego y mejor ocasión.

— ¡Satanás quiera! dijo de Giac.

— Dios me lo perdone, dijo Tanneguy.

Y los dos metieron espuelas á los caballos, volviéndose, el uno para reunirse con el duque y el otro con el delfín.

En la noche de aquel día se formó una gran tempestad en el punto mismo de la conferencia, y un rayo partió el árbol bajo el cual se había jurado la paz. Muchos miraron este incidente como

un mal presagio, y algunos dijeron por lo bajo que esta paz no sería más sincera que duradera.

Algunos días después el delfín y el duque publicaron sus letras de ratificación del tratado.

Los Parisienses recibieron la noticia con mucha satisfacción, y pensaron que el duque ó el delfín volverían á París para defenderlos; pero su esperanza fué frustrada. La reina y el rey salieron de Pontoise, ciudad demasiado vecina de los Ingleses para permanecer en ella con seguridad, y dejaron en aquel punto al señor Ile-Adam con una numerosa guarnición. El duque se reunió con ellos en San Dionisio; y los Parisienses, no viendo hacer ninguna reunión para marchar contra los Ingleses, volvieron á recaer en su anterior desaliento.

El duque se había abandonado de nuevo á una apatía inconcebible; de que se hallan ejemplos en la vida de algunos hombres llenos de valor y actividad, y que muchas veces ha sido una señal de su próximo fin.

El delfín le escribía carta sobre carta para obligarle á defender con empeño á París, mientras que él hiciese una diversión sobre las fronteras del *Maine*. El duque al recibirlas daba algunas órdenes; mas como si fuese incapaz de continuar la lucha que hacía doce años sostenía, y cual niño cansado,

se acostaba á los pies de su hermosa querida, perdiendo la memoria del mundo entero en una mirada de sus ojos. Es propio de un amor violento mirar con desdén todas las cosas de la vida que no tienen relación con este mismo amor; por eso dicen que las demás pasiones se conciben en la cabeza y el amor solo en el corazón. Mientras tanto, las murmuraciones que la paz había calmado renacieron prontamente; voces vagas de traición empezaron á circular, y un acontecimiento que tuvo lugar en aquella época las dió nuevo crédito.

Enrique Lancaster, que había juzgado con acierto cuán desventajosa sería la alianza del delfín y del duque, resolvió en consecuencia apoderarse de Pontoise antes que sus dos enemigos tuviesen tiempo de combinar sus movimientos.

Para este efecto tres mil hombres conducidos por Gastón, segundo hijo de Archambault, conde de Foix, que se había hecho Inglés, marcharon de Melun en la noche del 31 de Julio, y llegaron, cerrada la noche, al pie de las murallas de la ciudad de Pontoise; pusieron con el mayor silencio escalas sobre ellas á alguna distancia de una de las puertas, y sin ser vistos de los centinelas, subieron de uno en uno hasta trescientos, se dirigieron hacia la puerta, degollaron la guardia que la defendía y

abrieron á sus camaradas, que se diseminaron en las calles gritando: ¡San Jorge y ciudad ganada!

Cuando Ile-Adam oyó estos gritos, que reconoció por haberlos proferido él mismo, se arrojó de la cama, se vistió apresuradamente, y estaba todavía medio vestido, cuando los Ingleses fueron á llamar con golpes repetidos en la casa que habitaba. No tuvo más tiempo que para coger una pesada hacha de armas, apagar la lámpara que podía hacerle traición y arrojarle por una ventana que daba á un patio.

En el mismo instante los Ingleses forzaron la puerta de la calle.

Ile-Adam corrió á sus caballerizas, saltó sobre el primer caballo que se presentó sin silla y sin brida, se arrojó al pórtico lleno de Ingleses que subían á los cuartos, y pasó por medio de ellos en el momento en que menos le esperaban, con una mano agarrada á las crines del caballo y con la otra haciendo jugar su hacha.

Un inglés se presentó delante de él y cayó con la cabeza hecha pedazos; sin este hombre ensangrentado y extendido á sus pies, los otros hubieran creído ver una aparición.

Ile-Adam se arrojó hacia la puerta de París, pero estaba cerrada: la confusión era tal, que el con-

serje no pudo hallar las llaves ; era menester romperla á hachazos. Ile-Adam intentó hacerlo. Detrás de él, los ciudadanos fugitivos se reunían en una calle estrecha, aumentándose á cada instante el número, sin otra esperanza que en la prontitud con que el hacha de Ile-Adam se levantaba y caía sin cesar para abrirles un camino.

Poco después se oyeron gritos de desesperación en el otro extremo de la calle : los fugitivos mismos habían indicado el camino á sus enemigos. Los Ingleses oyeron los golpes que resonaban sobre la puerta ; y para llegar á Ile-Adam cargaban á una multitud desarmada, que no oponía sino una masa inerte, pero numerosa y profunda muralla, ancha, viva, y apretada, que su temor mismo hacía más difícil dispersar. Mientras los hombres armados daban lanzadas á diestra y á siniestra y los arbaleteros derribaban filas enteras, las flechas volaban alrededor de Ile-Adam y se clavaban retemblando sobre la puerta ya conmovida, pero que todavía se resistía. Los gritos se iban acercando ; hubo un instante en que creyó que la muralla de madera sería más fácil de romper que la de carne ; los Ingleses no estaban más que á tres lanzas de distancia de él ; en fin, la puerta se rompió vomitando una multitud de hombres, á la cabeza de la cual el

caballo espantado llevó á Ile-Adam como un relámpago.

Cuando el duque de Borgoña supo esta noticia, en lugar de reunir un ejército y marchar contra los Ingleses, hizo subir en un coche al rey, á la reina y á madama Catalina, montó á caballo, y con los señores de su casa se retiró por Provins á Troyes, en Champagne, dejando en la ciudad de Paris al conde de San Pol como teniente, á Ile-Adam como gobernador y á Mr. Eustache Delaistre como canceller.

Dos horas después de la salida del duque de Borgoña, los fugitivos empezaron á llegar á San Dionisio. Daba compasión ver las pobres gentes heridas, derramando sangre, medio desnudas, muriendo de hambre y extenuadas de una marcha de siete leguas, durante la cual no se habían atrevido á descansar un instante. La relación de las atrocidades cometidas por los Ingleses era escuchada en todas partes con tanta ansia como terror ; se formaban grupos en las calles alrededor de aquellos infelices, y después exclamaban : ¡ los Ingleses, los Ingleses ! y cada uno huía, volvía á su casa, cerraba sus ventanas, atrancaba sus puertas y pedía misericordia.

Mientras tanto los Ingleses pensaban más en

aprovechase de su victoria que en continuarla : la mansión de la corte en Pontoise la había hecho una ciudad de lujo : Ile-Adam y una parte de los señores que se habían enriquecido en la toma de París, habían amontonado sus tesoros : los Ingleses hicieron un saqueo, con el que reunieron dos millones. Al mismo tiempo se supo la toma de Chateau-Gaillard, una de las ciudadelas más fuertes de la Normandía. Olivier de Manni era el capitán, y aunque no tenía más guarnición que ciento veinte caballeros, se defendió diez y seis meses, y no se rindió sino por una circunstancia que no se había podido prever : las máquinas para sacar el agua de los pozos se inutilizaron ; sufrieron siete días la sed, y después se rindieron á los condes Huntington y de Kime, que eran los sitiadores.

El delfín supo al mismo tiempo en Bourges, donde reunía su ejército, la rendición honorífica de Chateau-Gaillard y la sorpresa inesperada de Pontoise. No dejaron de representarle esta última ciudad como rendida á los Ingleses. Lo que daba alguna apariencia á estas voces es, que el duque de Borgoña había confiado su custodia á uno de los señores que le eran más adictos, y que este señor, aunque de un valor reconocido, lo había dejado tomar sin hacer ostensiblemente nada en su defensa.

Los enemigos del duque que rodeaban al delfín aprovecharon esta ocasión de introducir las sospechas que habían ya alimentado hacía tiempo. Todos pedían el rompimiento del tratado y una guerra franca y leal en lugar de una alianza falsa y traidora : Tanneguy solo, á pesar de su odio bien conocido contra el duque, suplicaba al delfín que reclamase segunda entrevista antes de recurrir á una demostración hostil.

El delfín tomó una resolución que conciliaba al mismo tiempo los dos pareceres, y vino con un ejército de veinte mil combatientes á Monterau, á fin de estar pronto al mismo tiempo á tratar ó á empezar de nuevo las hostilidades si se negaba á ello. Tanneguy que, con grande admiración de todos los que conocían su carácter decidido, había estado constantemente por los medios conciliativos, fué enviado á Troyes, donde hemos dicho que estaba el duque ; llevaba á éste cartas firmadas del delfín, que fijaba en Monterau la nueva entrevista ; y como no había lugar en el castillo para Duchatel y su séquito, el señor de Giac le dió hospitalidad.

El duque aceptó la entrevista, pero puso por condición que el delfín viniese á Troyes, donde estaban el rey y la reina. Tanneguy volvió á Monterau.

El delfín y los que le rodeaban eran de parecer de tomar la respuesta del duque por una declaración y de acudir á las armas. Tanneguy solo, infatigable, impasible, ofrecía al delfín dar muchos pasos y se oponía con obstinación á toda medida hostil. Los que sabían el odio que alimentaba en su corazón contra el duque Juan, no comprendían el motivo que le hacía obrar de este modo: le creían ganado como tantos otros lo habían sido, y daban parte de sus sospechas al delfín; pero éste se lo comunicaba á Tanneguy, diciéndole:

— ¿No es verdad, padre mío, que no me harás traición?

Al fin llegó una carta del señor de Giac; gracias á sus instancias, estaba cada día menos distante de venir á tratar con el delfín. Esta carta admiró á todo el mundo, menos á Tanneguy, que parecía esperarla.

En consecuencia, Duchatel volvió á Troyes en representación del delfín, y propuso al duque el puente de Monterau como el lugar más favorable para la entrevista.

Estaba autorizado en nombre del delfín á entregar al duque el castillo y la orilla derecha del Seine, con facultad de alojar en esta fortaleza y en las casas edificadas toda la gente de armas que

creyese necesaria. El delfín se reservó la ciudad y la orilla izquierda: la lengua de tierra que se hallaba entre el Yonne y la Seine, era un terreno neutral que no pertenecía á nadie; y como en esta época, á excepción de un molino aislado que se elevaba en las orillas de L'Yonne, estaba completamente desierto, era fácil el asegurarse de que ninguna sorpresa se había preparado.

El duque aceptó estas condiciones y prometió marchar á Bray sobre el Seine le 9 de Septiembre: el 10 debía verificarse la entrevista; y el señor de Giac, que poseía siempre la confianza del duque, fué escogido por él para acompañar á Tanneguy y velar para que todas las seguridades fuesen observadas, tanto de una parte como de otra.

Al presente es menester que nuestros lectores echen una mirada sobre la posición topográfica de la ciudad de Monterau, á fin de que les hagamos asistir en cuanto esté en nuestro poder á la escena que va á pasar sobre el puente, al que Napoleón en 1815 ha añadido un segundo recuerdo histórico.

La ciudad de Monterau está situada á veinte leguas poco más ó menos de París, en el confluente de el Yonne y de la Seine, donde el primero de estos dos ríos pierde su nombre arrojándose en el otro. Si se remonta viniendo de París el curso del

río que le atraviesa, se tropezará á la izquierda, así que se da vista á Monterau, con la montaña elevada de Surville, sobre la cual estaba edificado el castillo; y al pie de esta montaña se verá una especie de arrabal separado de la ciudad por el río: este era el lado que se había ofrecido al duque de Borgoña.

Enfrente de sí se descubrirá, á mancha de un ángulo agudo semejante á una V, y poco más ó menos en la posición en que se halla en París la punta del puente Nuevo, donde fueron quemados los templarios, la lengua de tierra por la cual debía llegar el duque, que venía de Bray-sur-Seine; lengua de tierra que va siempre ensanchándose entre el grande y el menor de los dos ríos que la limitan, hasta el punto en que el *Seine* nace en Baiquens-les-Juifs, no lejos del paraje en donde estaba situada la antigua Bibracte, y donde en nuestros días se eleva la ciudad de Autun.

Á derecha, la ciudad toda entera se despliega graciosamente apoyada en medio de sus cosechas y de sus viñas, cuyo tapete rayado se extiende hasta que se pierde de vista sobre las ricas llanuras del Gatinais.

El puente sobre el cual debía verificarse la entrevista una aun en el día de hoy, viniendo de

izquierda á derecha, el arrabal á la ciudad, y atravesada primero el gran río, y en seguida el menor, echando en el punto de su reunión uno de sus pies macizos sobre la punta de tierra de que hemos hablado ya.

Sobre la parte derecha del puente, encima del río el Yonne, fué donde se dispuso para la entrevista una especie de pabellón de madera con dos puertas opuestas, las que por cada uno de los lados se cerraban por medio de una barrera con tres travesaños; otras dos barreras habían sido colocadas, una á la extremidad del puente por el lado de la ciudad, y otra un poco más acá del camino por el cual debía llegar el duque. Todos estos preparativos se hicieron apresuradamente el día 9.

La especie humana es al mismo tiempo tan débil y tan orgullosa, que siempre que sucede uno de estos acontecimientos que conmueven un imperio, derriban una dinastía, trastornan un reino, cree que el cielo, interesado en nuestras pobres pasiones y en nuestras miserias, cambia para nosotros el curso de los astros, el orden de las estaciones, y nos envía ciertas señales con la ayuda de las cuales el hombre podría, si no fuera tan ciego, sustraerse de su destino; puede ser también que al examinar

los grandes acontecimientos, los que sobreviven á ellos y los han visto terminarse recuerdan las menores circunstancias que las han precedido, y este recuerdo les hace hallar una coincidencia tal con la catástrofe, que ciertamente no se hubieran acordado de ella á no ser por el suceso : de modo que sin este, las circunstancias que le precedieron hubieran sido perdidas en la multitud infinita de pequeños incidentes, que separados no tienen ninguna importancia individual, y que reunidos forman la cadena de este tejido misterioso que se llama la vida humana.

En todo caso hé aquí lo que los hombres que presenciaron estas cosas singulares nos han dejado por escrito.

El 10 de Septiembre á la una del día, el duque montó á caballo en el patio de la casa donde estaba alojado en Bray-sur-Seine ; tenía á su derecha al señor de Giac y á su izquierda al de Noailles : su perro favorito había aullado lastimeramente toda la noche ; y viendo á su amo pronto á marchar procuraba arrojarse fuera del nicho donde estaba atado, con ojos ardientes y el pelo erizado : en fin, cuando el duque, después de haber saludado á la señora de Giac, que desde su ventana asistía á la partida [del acompañamiento, se puso en marcha,

el perro hizo un esfuerzo tan poderoso, que rompió su doble cadena de hierro, y en el momento en que el caballo iba á pasar el umbral de la puerta, se arrojó á su pretal y le mordió tan cruelmente, que el caballo se levantó de manos y casi sacó de la silla al caballero. Impaciente, Giac quiso apartarle dándole un latigazo ; pero el perro no hizo caso de los golpes que recibía, y se tiró de nuevo al cuello del caballo del duque : éste, creyéndole rabioso, tomó una pequeña hacha de armas que llevaba en el arzón de su silla y le abrió la cabeza. El perro dió un grito y fué rodando á expirar en el umbral de la puerta, como para defender todavía el paso : el duque con un suspiro de sentimiento, hizo saltar al caballo por encima del cuerpo del fiel animal.

Veinte pasos más lejos un anciano judío que era de su servidumbre y que se ocupaba de obras de magia, salió de repente de detrás de una pared y detuvo el caballo del duque por la brida, diciendo :

— Monseñor, en nombre de Dios, no paséis adelante.

— ¿ Qué me quieres, judío ? dijo el duque deteniéndose.

— Monseñor, respondió el judío, he pasado la noche consultando los astros, y la ciencia dice que si vais á Monterau no volveréis.

Y tenía el caballo por el bocado para impedir que pasase.

— Y tú, ¿qué dices de esto, Giac? exclamó el duque volviéndose hacia su joven favorito.

— Digo, respondió éste ruborizándose de impaciencia, digo que este judío es un loco, á quien es menester tratar como á un perro, si no queréis que su contacto inmundo os obligue á hacer una penitencia de ocho días.

— Déjame, judío, dijo el duque pensativo haciéndole con suavidad señal de que le dejase pasar.

— ¡Atrás, judío! exclamó Giac empujando al anciano con el pecho de su caballo y haciéndole andar diez pasos atrás: ¿no has oído que monseñor te manda que sueltes la brida de su caballo?

El duque pasó su mano sobre la frente como para disipar una sombra: y mirando por última vez al judío tendido en el suelo sin conocimiento en un lado del camino, pasó adelante.

Tres cuartos de hora después el duque llegó al castillo de Monterau, y antes de apearse del caballo dió orden á doscientos hombres de armas y á cien ballesteros de alojarse en el arrabal y de apoderarse del puente: á Jacobo de la Lime, gran maestre de los ballesteros, se le confió el mando de aquella pequeña tropa.

En este momento Tanneguy se acercó al duque, y le dijo que el delfín le esperaba sobre el puente hacia cerca de una hora. El duque respondió que ya iba en el mismo instante uno de sus servidores, y como asustado le habló en voz baja: el duque se volvió hacia Duchatel.

— Por el santo nombre de Dios, dijo el duque, todo el mundo se ha empeñado en hablarme de traición: Duchatel, ¿estás seguro de que nadie corre peligro? porque harías muy mal de engañarme.

— Muy poderoso señor, respondió Duchatel, preferiría morir y condenarme á engañaros ó engañar á otros; nada temáis, porque monseñor el delfín no os quiere mal.

— Iremos, pues, dijo el duque, poniéndonos en manos de Dios, y levantó los ojos al cielo; y en las vuestras, continuó clavándolos en Tanneguy con una de aquellas miradas penetrantes que no pertenecían sino á él. Tanneguy la sostuvo sin bajar los ojos.

Entonces presentó éste al duque el pergamino sobre el cual estaban inscritos los nombres de los diez hombres que debían acompañar al delfín en el orden siguiente: el vizconde de Narbonne, Pierre de Beauveau, Roberto de Loire, Tanneguy Du-

chatel, Barbasán, Guillaume le Bouteiller, Guy D'Avangour, Olivier-Layet, Varennes y Frotiers.

Tanneguy recibió en cambio la lista de los que habían sido nombrados por el duque para que le siguieran.

Monseñor Charles de Bourdón, el señor de Noailles, Juan de Fribourg, el señor de Saint-Georges, el señor de Montaigne, los señores Antonio de Vergy, el señor D'Ancre, los señores Guy de Pontarlier, los señores Charles de Lens y el señor Pierre de Giac. Además cada uno debía ir acompañado de su secretario.

Tanneguy llevó consigo la lista, el duque le siguió bajando del castillo al puente; estaba á pie, tenía la cabeza cubierta con un sombrero de terciopelo negro, llevaba por arma defensiva una sencilla cota de malla, y por arma ofensiva una débil espada ricamente adornada y de puño dorado.

Al llegar el duque á la cabeza del puente le dijo Jacobo de la Lime que había visto entrar muchas gentes armadas en una de las casas próximas á la otra extremidad del puente, y que al tomar posición con su tropa, las había visto cerrar apresuradamente las ventanas.

— Id á ver si eso es cierto, Giac, dijo el duque: aquí os espero.

Giac se dirigió al puente, atravesó las barreras, pasó por medio del pabellón, llegó á la casa designada y abrió la puerta. Tanneguy daba instrucciones á una veintena de soldados bien armados.

— ¡ Y bien ! dijo Tanneguy al verlo.

— ¿ Estáis dispuestos ? respondió Giac.

— Sí; ahora ya puede venir.

Giac volvió á buscar al duque.

— El gran maestro se ha equivocado, monseñor, dijo; no hay nadie en esa casa.

El duque se puso en camino y pasó la primera barrera, que se cerró inmediatamente tras él, lo que le inspiró algunas sospechas: pero como vió delante de él á Tanneguy y al señor de Beauveau, que habían salido á su encuentro, no quiso retroceder. Prestó su juramento con una voz firme, manifestando al señor de Beauveau su ligera cota de malla y su débil espada.

— Ya veis, señor, cómo vengo; además, continuó volviéndose á Duchatel y pegándole sobre el hombro, ve aquí en quien yo me fio.

El joven delfin estaba ya en el pabellón del puente; llevaba un vestido de terciopelo azul celeste guarnecido de martas y un gorro de la forma poco más ó menos de los casquetes que ahora se usan, cuyo fondo estaba adornado con una